

1. RELACIÓN
CARIDAD Y ESPERANZA
(« ¿A QUÉ COSA NOS DESAFÍA LA EMERGENCIA SANITARIA?»)¹

1. SIRVE UNA DIMENSIÓN KAIROLÓGICA

No diré cosas particularmente originales. Las últimas cosas que diré, en efecto, las tomaré del camino que la diócesis de Roma ha estado realizando durante algunos años, a partir del impulso de su obispo.

Comienzo diciéndoles, como primera cosa, que estoy muy contento de poder participar en este encuentro – a decir verdad, hubiera deseado ir en persona a Santiago: desde que era niño que me ha nacido este deseo, por las imágenes que se veían en televisión en aquellos años y que ustedes (o, al menos, los que tienen más edad entre ustedes) pueden recordar como yo.

No soy un oráculo y no tengo recetas listas para publicar que respondan a esta enorme pregunta: « ¿a qué nos desafía la emergencia sanitaria?»

La Teología pastoral que se enseña en la Universidad Lateranense de Roma no ofrece *qué cosas hacer, o realizar* [qué hacer, qué realizar], sino un método que se preocupa de individuar cuál es la pregunta que el Señor nos dirige a través de los hechos, de las cosas que nos suceden. O, con una palabra significativa, a través de *la historia*: en la confianza de que, precisamente porque ha sido creada por Él y teniendo a Cristo mismo como su corazón, la historia le pertenece y se revela en ella, en un modo que no es directo y siempre explícito [o evidente], y que por ello se debe mirarla con los ojos de la fe (lo que llamamos la *dimensión kairológica*). Las cosas que suceden no son solo simples hechos: se pueden reconocer como *kairós*, [vale decir,] signos que hablan, en los cuales el Reino de Dios se coloca a nuestro alcance. La apuesta es ésta: creer que bajo los diversos problemas pastorales que nos agitan, hay en realidad algo de Dios que se quiere revelar y que, revelado, orienta al mundo a Cristo y en Cristo al Padre. Bajo cada problema práctico hay una pregunta teológica que se debe discernir, porque es aquella pregunta la que genera una nueva pastoral, es decir, un camino de discípulos detrás del Señor.

En la universidad pongo siempre el ejemplo de los diáconos y de su institución descrita en el capítulo 6 de los Hechos de los Apóstoles (6, 1-7). Aparentemente, se trata de decidir cómo resolver una cuestión del todo práctica: ¿cómo resolver la injusta distribución del alimento entre las viudas? Los apóstoles podrían haber resuelto el asunto organizando mejor los turnos, gestionando mejor las asistencias, controlando el servicio que se ofrecía. ¿Entonces qué? En vez de esto se preguntan otra cosa: frente a este problema, ¿qué cosa deben hacer? ¿Cuál es su tarea? Ante todo no buscan que cosa hacer con sus propias manos. Se preguntan, más bien, - y esta es la pregunta teológica - ¿en qué consiste su ministerio, el ministerio de los apóstoles al cuál Jesús los había llamado y por el cual los había enviado?

¹ El siguiente texto es de carácter pastoral. La redacción original, las citaciones y la traducción están en relación con este objetivo, buscando el bien de la comunidad eclesial de Santiago. Por lo cual, este texto no contempla la rigurosidad de un “trabajo científico” (pensando en una publicación teológica, por ejemplo), en consecuencia, no se sugiere la reproducción parcial o total del material con fines académicos.

¿Para qué los había enviado Jesucristo? Se reúnen, rezan y elaboran un criterio: «No es justo que nosotros dejemos de lado la palabra de Dios para servir a las mesas. Por lo tanto, hermanos, busquen entre ustedes siete hombres de buena reputación llenos del Espíritu y de sabiduría, a los que cuales les confiaremos este encargo. Nosotros, en cambio, nos dedicaremos a la oración y al servicio de la Palabra». Nacen así los diáconos: no de una reflexión de teología sacramental, sino de una discusión entre las viudas que pasaban hambre y de cómo comprender las palabras de Jesús a partir del conflicto que se había presentado.

O la gran pregunta sobre la circuncisión (cfr. *Hch* 15, 1-33²): se entiende bastante rápido que el problema no es práctico/técnico si cortar o no un trozo de carne. La pregunta teológica es: ¿qué nos salva? ¿La ley de Moisés (y, por lo tanto, la pertenencia a la primera alianza, de la cual era signo la circuncisión) o el bautismo y la gracia de Cristo?

El Señor Resucitado guía a su Iglesia de esta manera: por medio de algo que la interpela, que la obliga a preguntarse: ¿qué nos dijo Jesús? ¿Qué querrá de nosotros? ¿Qué es lo que está en juego? Precisamente ese problema ilumina a la comunidad cristiana a entender mejor la voluntad del Señor, y a responder *prácticamente*, mediante aquello que se hace. Y es así que la Iglesia toma la forma que Cristo quiere darle; es así que Él la guía, haciéndola continuamente pasar del grano de mostaza al árbol que da descanso y refugio a los animales.

Teniendo en cuenta estas cosas, en un cierto sentido ya di, creo, una primera respuesta a la pregunta « ¿a qué nos desafía la emergencia sanitaria?». Una primera respuesta podría ser esta: nos desafía a mirar aquello que está sucediendo *con los ojos de la fe* (San Agustín escribe: *Habet fides namque oculos suos* [*Ep* 120, PL 33, 456]): la fe, es oscura pero no es ciega; a buscar el *kairós*, la voluntad buena y misericordiosa de Dios. Sería fácil interpretar un tiempo así algo extraño, algo duro y difícil, limitándose a repetir el análisis de los demás: el origen de la enfermedad, las medidas de prevención, las elecciones [decisiones] políticas, el desastre económico que se perfila... Todo es verdadero y todo se debe considerar: pero, ¿cuál es el punto de vista de la fe? ¿A qué no está llamando el Señor?

2. SIRVE UNA DIMENSIÓN OPERATIVA: LA CONVERSIÓN

Deberíamos evitar dos extremos opuestos: aquello que inmediatamente reconduce todo aquello que sucede a una voluntad directa de Dios y aquello que reduce la fe a un acto desencarnado, ajeno a la vida humana – un viaje en las regiones del espíritu, una abstracción que puede prescindir de lo que ocurre en el tiempo y en el espacio. Hay una primera respuesta “práctica, pastoral” que viene del Evangelio, de una enseñanza que Jesús da a quien lo interpela a propósito de algunos acontecimientos que ocurrieron en esos días:

En aquel mismo momento se presentaron algunos a referirse acerca de aquellos Galileos, cuya sangre Pilato había mezclado con la de sus sacrificios. Tomando la palabra, Jesús les respondió: « ¿Creen que aquellos Galileos fueran más pecadores que todos los demás Galileos, por haber padecido tal suerte? No, les digo, si ustedes no se convierten, todos perecerán del mismo modo. O aquellos dieciocho, sobre los

² «que se puede ver en Hechos 15, 1-33».

³ Traducción en español (posible): « En efecto, la fe tiene sus propios ojos» o «por medio de los ojos de la fe».

cuales se cayó la torre de Siloé y los mató, ¿creen que eran más culpables que todos los habitantes de Jerusalén? No, les digo, que si no se convierten, perecerán todos del mismo modo» (Lc 13, 1-5⁴).

Jesús hace referencia a dos relatos: un asesinato premeditado y un accidente con muchas víctimas. En el primer caso está en juego la libertad y la maldad del hombre, en el segundo lo inevitable y violento de la creación; pero es un solo destino, un solo el efecto: la muerte, que el hombre vive siempre como una violencia. La pregunta de fe – que nos hacemos también nosotros, delante de los eventos que han tenido la misma doble raíz: la maldad humana y la violencia de la creación – es siempre la misma: ¿por qué Dios permite abusos, violencias, desastres y pandemia? ¿Cómo se puede tener fe en Dios si los inocentes sufren? Hay, por lo tanto, un mal que está presente tanto en los hombres como en las cosas, y este mal mueve los acontecimientos del mundo, tiene efectos que son siempre mortales. Es un caso explícito de un discernimiento difícil.

La respuesta de Jesús parece casi esquiva, porque habla de *conversión*. Y de *nuestra* conversión, mientras que, en cambio, nosotros esperaríamos que esta conversión afectara solo a aquellos que han hecho el mal: ellos deben pagar y nosotros debemos de algún modo ser recompensados. Esto nos daría una cierta esperanza que, eliminado el mal, eso no volverá nunca más. Incluso, podemos dejar de lado la cuestión del mal, lo hemos removido, no existe más...

Las palabras de Jesús no niegan en absoluto que Pilato haya hecho algo injusto y que se deba condenar, no se relativizan el mal realizado diluyéndolo en una culpa generalizada de todos. Sin embargo, amplían el horizonte y nos involucran: el mal que ha hecho actuar así a Pilato es el mismo que está dentro de nosotros. Jesús ve (*habet namque fides oculos suos...*⁵) algo que los que realizaron la pregunta no vieron y, es decir, la posibilidad a la cual estamos expuestos entre la salvación y perdición. Hay un primer paso delante del mal que consiste en reconocerlo para limitar su poder destructivo, combatiéndolo y enfrentándolo. No obstante, hay una extensión no menos importante de aceptar, si queremos ser discípulos: la solución no vendrá desde fuera; no vendrá solo desde un análisis más correcto, sino de “cambiar la levadura”. Uso esta imagen de la levadura porque apenas un poco antes Jesús mismo la había usado en el capítulo precedente:

«Mientras tanto, los que se había reunido era miles y miles, hasta casi pisarse unos a otros. Luego Jesús comenzó a decir primero a sus discípulos: «Cuidense de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. No hay nada de escondido que no sea descubierto, ni de secreto que no sea conocido. Porque todo aquello que han dicho en las tinieblas, será oído en la luz; y aquello que han dicho al oído en voz baja, será proclamado desde las terrazas. Pero a ustedes, que son mis amigos, yo les digo: no teman a aquellos que matan el cuerpo pero, después de esto, no pueden hacer nada más. Yo les mostraré a quién deben temer. Teman a aquel que, después de haber muerto, tiene el poder de arrojar a la Gehena. Sí, yo les digo, témanle a él. ¿No se venden cinco pájaros por dos monedas? Pues bien, ninguno de ellos es olvidado delante de Dios; incluso, hasta los cabellos de nuestra cabeza están todos contados. No teman por tanto; ustedes valen más que muchas aves » (Lc 12, 1-7)

⁴ Evangelio de Lucas 13, 1-5.

⁵ «por medio de los ojos de la fe».

Es precisamente aquella levadura la que hace difícil el discernimiento, la respuesta a la pregunta ¿qué cosa la Iglesia debe hacer aquí y ahora? El capítulo se concluye de hecho con Jesús que le pregunta a la gente:

«Decía ahora a la gente: «Cuando ven una nube venir desde el poniente, ustedes dicen de inmediato: “Viene la lluvia”; y así sucede. Cuando sienten el viento soplar del sur, dicen: “Viene el calor” y es así. Hipócritas, saben reconocer el aspecto de la tierra y del cielo; ¿cómo no saben reconocer este tiempo? ¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo que es justo?» (Lc 12, 54-57).

Pienso en Chile, y en la Iglesia de Chile. Hay hechos que han sucedido y que han sido provocados por la maldad y malicia [perversidad] de los hombres. Hay acontecimientos que han ocurrido – como la pandemia – que, por el contrario, no podemos culpar a ninguna en forma precisa.

Y, aun así, Jesús nos llama a una conversión. Ustedes saben qué significa esta palabra: girar la espalda respecto a la dirección en la cual se estaba caminando.

Una llamada de este tipo la debemos interpretar por lo que ella es: un Evangelio, es decir, una buena noticia. No con el moralismo que haría decir: me equivoqué, entonces debo cambiar el camino...he hecho algo mal, ahora intento remediarlo. En cambio, la reacción que debería nacer delante de alguien que te da la noticia que esperabas, que te indica el camino que pensabas que habías perdido, y que te lo ofrece como un bien que ninguno podrá más quitártelo, porque es un bien que radica en tu libertad que lo desea, que lo quiere y lo acepta, lo hace suyo.

No se trata de *hacer* cosas diversas, sino de *ser* de otro modo. Y este modo es posible porque nosotros y el Señor nos hemos encontrado y Él, viviendo en nosotros, puede actuar en nosotros y puede salvarnos. Es decir, puede ser aquella levadura que desarrolla la vida de una manera totalmente diferente.

Pongamos atención también a algo particular: la levadura necesita de la harina, de lo contrario, no se convierte en masa. Aquello que nosotros somos es previsto y, en un cierto sentido, requiere de la acción de Dios: *gratia supponit naturam* [la gracia supone la naturaleza] Enseña Santo Tomás de Aquino (ST I, q. 1, a. 1, ad 2m.). No es un accidente que debe ser eliminado: es lo que Él ha creado y que quiere llevar a la redención. Propiamente nosotros, nosotros siendo de esta forma, con esta historia, con estas dificultades.

3. MINISTROS DE UNA ESPERANZA CONFIABLE

Particularmente la Iglesia de Santiago, con su historia herida y dolorosa, está llamada a ser ministra – es decir, sierva - de esta esperanza confiable, tomándola de esta raíz: mirarse con los ojos de Jesús, ver en todo una buena oportunidad de conversión, un hecho dentro del cual no falta la posibilidad de una relación con el Señor. Y no solo singularmente, cada uno con “su” Jesús, sino como comunidad, como pueblo.

Normalmente confundimos la esperanza con el optimismo o con la buena voluntad. Con un futuro que deseamos, pero que permanece incierto, porque no lo podemos determinar nosotros – como cuando se dice “esperamos que no llueva”. Por el contrario la esperanza es una acción que Dios realiza en sus hijos, en los cuales ha derramado su Santo Espíritu, y es, en consecuencia, la seguridad del futuro, la certeza del futuro a partir de esta fe: ya que Él ha creado y posee la historia, así también se manifestará en ella.

Sobre esta esperanza el papa Benedicto ha escrito páginas que permanecen insuperables. Tal vez sea difícil de comprenderlas en una primera lectura, pero ciertamente son nutritivas y confiables.

No es la ciencia que redime al hombre. El hombre es redimido por medio el amor. Lo vale ya en el ámbito puramente intramundano. Cuando uno en su vida hace la experiencia de un gran amor, aquel es el momento de «redención» que da un sentido nuevo a su vida. Pero muy pronto él también se dará cuenta que el amor que la ha sido regalado no resuelve, por sí solo, el problema de su vida. Es un amor frágil. Puede ser destruido por la muerte. El ser humano tiene necesidad de un amor incondicional. Tiene necesidad de aquella certeza que le hace decir: Ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni el presente, ni el futuro, ni las potencias, ni la altura, ni la profundidad, ni la criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro » (*Rm 8,38-39*). Si existe este amor absoluto con su certeza absoluta, entonces – solo entonces – el hombre es «redimido», suceda lo que suceda en el caso particular. Y esto se entiende, cuando decimos: Jesucristo nos ha «redimido». Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no constituye una lejana «causa primera» del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y de Él cada uno puede decir: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado por mí» (*Gal 2,20*). (*Spe Salvi, 26*).

En este sentido, es verdad que quien no conocer a Dios, aunque pueda tener múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cfr *Ef 2, 12*). La verdadera, la gran esperanza del hombre, que resiste a pesar de todas las desilusiones, puede ser solo Dios – el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «sino hasta el fin », «hasta el pleno cumplimiento» (cfr *Jn 13, 1 y 19,30*). Quien ha sido tocado por el amor comienza a intuir que cosa sería propiamente «vida». Comienza a intuir que cosa quiere decir la palabra de esperanza que hemos encontrado en el rito del Bautismo: de la fe esperamos la «vida eterna» - la vida verdadera que, enteramente y sin amenazas, en toda su plenitud es simplemente vida. Jesús que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cfr *Jn 10, 10*), también nos ha explicado que cosa significa «vida»: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y aquel has enviado, Jesucristo» (*Jn 17, 3*). La vida en el sentido verdadero no la tiene uno solamente para sí y tampoco por sí mismo: es una relación. Y la vida en su totalidad es la relación Aquel que es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida mismo y el mismo Amor, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos».

Así, la esperanza, por una parte es un don y por otra una responsabilidad: un cambio de mirada y de voluntad que tiene necesidad de ser aceptado, con el cual dejarse modificar en profundidad. Fin a este punto de nuestro ser donde entre nosotros y Dios hay solamente la verdad: incluyendo aquella fragilidad no moral o ética, sino unida a la precariedad de la condición humana, y que el *covid 19* ha puesto brutalmente en evidencia, con todo su aparataje de miedos y de intentos de salvarse por sí mismos.

4. ¿HAY UNA GRACIA EN LA PANDEMIA?

Diría en este momento que este periodo de la pandemia no es un *paréntesis*, sino una etapa del camino que hemos arado, para procurarnos *la buena tierra* que acoge la semilla de los dones de Dios. Y, como sucede con la semilla, esta obra de transformación se produce en la oscuridad y en el silencio, a precio de cualquier daño [o herida]. La semilla ha crecido, noche y día, *como* ni siquiera nosotros mismos sabemos (cfr. *Mc* 4,27), ciertamente de una manera inesperada en relación a nuestros planes.

El papa Francisco en la homilía de Pentecostés ha dicho: «Peor que esta crisis, solo sería el drama de desperdiciarla, cerrándonos en nosotros mismos».

Intento explicarme con las palabras que he utilizado al inicio. Pienso que la esperanza de este tiempo tiene que ver con el reconocer aquellas elecciones a las cuales el Señor nos quiere llevar: el Espíritu nos ha hecho vivir un *kairós*, un tiempo oportuno en el cual Él manifiesta su obra. Casi el comienzo para una condición nueva, como sucedió para los israelitas y sus familias en la noche de la huida de Egipto. Es ciertamente un pasaje bautismal, donde *algo* se deja, muere, para que una *vida nueva*, resucitada de la muerte, nos pueda ser donada.

De muchos lugares surgirá el deseo y la necesidad de *entrar en relaciones entre nosotros de manera distinta*. Todos sentimos – nosotros y la gente con la cual vivimos – la necesidad de contar y de contarnos, precisamente porque nos sorprendió algo inesperado, qué nos ha convulsionado, desorientado, confundido. Para que no permanezca solo el intento de retroceso de un evento no deseado y de borrarlo de la forma más rápida posible, es necesario conservar aquello que ha sucedido. Lo podemos hacer de modo particular contándolo: pero es necesario alguien que nos escuche. Solo actuando así, lo que parecía, tal vez, una desgracia, podrá ser acogido con fe, es decir, podrá revelar inesperadamente una gracia. Ser ministros de la esperanza significará dedicar mucho tiempo a la escucha, a compartir. Significará, creo, hacer convertir este tiempo y esta modalidad de escucha – abierta, amigable, bondadosa – en una verdadera y real *prioridad pastoral*. Me atrevo a decir: antes de las cosas que hay que hacer en la parroquia (dentro de los muros de la parroquia), esta *participación en la vida y en el alma de la gente* tiene que convertirse en nuestra principal ocupación. Se trata de tener relaciones verdaderas, auténticas: donde entran en juego el alma y el espíritu, y no solo las cosas que se tienen que hacer – ni menos los servicios de tipo religioso.

Todos hemos experimentado en este tiempo de crisis y de pandemia cuánto se ha difundido entre la gente la nostalgia de relaciones auténticas, donde se juegan una comunión y una pertenencia recíproca más profunda y verdadera, aquellas que nacen frente a nuestra necesidad de salvación: la necesidad que nuestra existencia sea segura, y que no vaya perdida en la nada o en la insignificancia. Se convierte así aún más claramente en una reforma de la vida de la Iglesia diocesana y de su acción evangelizadora que no puede no tener como compromiso prioritario aquello de saber tejer “relaciones” auténticas: el concreto “tú a tú”, que nos coloca verdaderamente en la escucha de lo que las personas son, piensan, sienten y viven. Es por este camino que empezamos a tomar preocupación por ellos, a tener tiempo para ellos, a fin de ser el uno parte de la vida del otro.

Dios nos habla así, y así escucha y así entra en comunión con nosotros, ofreciéndonos no cosas por hacer sino, ante todo, a Sí mismo, su gracia, es decir, su vida.

La Escritura nos ayudará a acoger la acción de Dios *aquí y ahora* y el Espíritu nos enseñará paso a paso un sabio discernimiento evangélico, quizás incluso quitándonos

aquellas sandalias que son nuestras interpretaciones parciales, colocando en pos del bien nuestros pies en la tierra de Dios.

Creo que se trata de reiniciar desde *el principio*: y nuestro inicio es el día de Pascua. Según el evangelio de Juan, la Iglesia nace del Resucitado que entra por la puerta cerrada en el Cenáculo, soplando el Espíritu Santo. Todo comienza nuevamente con el respiro de Dios. ¡El Señor hace respirar a su Iglesia!

En Italia, a causa del *covid*, tantas personas contagiadas han sentido en carne propia lo que significa respirar con dificultad, deseando el aire. También nuestra Iglesia tiene necesidad de respirar, no de jadear: para hacerlo como comunidad, somos llamados a recibir el Espíritu Santo, y hacerlo entrar dentro de nosotros, para que se puedan expandir nuestros pulmones y coloque nuestro organismo en grado de funcionar. Normalmente el Papa nos recuerda este hecho: que al centro de la misión de la Iglesia está el Espíritu y no simplemente la capacidad humana de planificar. Es el Espíritu Santo la fuente y el motor secreto de la evangelización, no nosotros y nuestra opinión. Me parece una afirmación evidente, o incluso obvia; la damos, más bien, como presupuesta. Pero no lo es en absoluto: todo cambia en nuestras actitudes y en nuestra forma de mirar el futuro, si lo tomamos en serio.

En el mensaje dirigido recientemente a la Pontificia Obras Misionarias, el Papa escribe: *En la Iglesia hay tantas situaciones en las que el primado de la gracia permanece solo como un postulado teórico, una fórmula abstracta. Ocurre que tantas iniciativas y organismos vinculados a la Iglesia, en lugar de dejar que las obras del Espíritu Santo brillen, terminan demostrando solo la propia autorreferencialidad. Tantos organismos eclesiales, en todos los niveles, parecen ser absorbidos por una obsesión de promoverse a sí mismos y sus propias iniciativas. Como si fuera este el objetivo y el horizonte de su misión* (21 de mayo 2020).

¿Cómo hacer para que esto no suceda? ¿Cómo dejarse guiar por el Espíritu Santo, libres de todo lo que nos deja sin aliento, a saber, de aquella autorreferencialidad narcisista que se satisface de su propia autocelebración, de aquel pesimismo estéril que no sueña con nada más y no quiere pagar el precio del anticipo de la confianza necesaria para que exista un compromiso en el futuro; aquellos conflictos entre nosotros que impiden a nuestros límites de abrirse a la fecundidad que vendrá gracias a los demás? ¿Cómo sentir y vivir del *dulce gozo de la evangelización*, sin que la sintamos como un trabajo duro e ingrato, que nos genera solo tensiones – peor aún – tristeza?

Comparto con ustedes algunas cosas para dejar, con valor y sin arrepentimiento. Son aquellas sobre las cuales está trabajando también en este tiempo la diócesis de Roma.

- Para usar una imagen que se vuelve familiar en este periodo, **estoy convencido que estamos llamados a abandonar de una vez por todas la tentación de sobrevivir atados a un respirador artificial antes que dejarnos animar por *el Aliento de Dios***. Lo que quiero decir es que una parroquia podría pensar de haber cumplido su tarea de “mantener con vida” ciertas actividades tradicionales (la primera comunión de los niños, la pastoral juvenil, los grupos de adulto mayor, un poco de caridad...) sin interrogarse verdaderamente sobre como repensar y realizar hoy la evangelización en todos los campos, *comenzando de los adultos y los jóvenes*. La evangelización toma vida si está en la lógica de la respuesta a un don: no es captar, planificar, convencer... Es el don de la fe, que nasce de una atracción suscitada por el Espíritu Santo por medio de la Palabra testimoniada en la vida. Es en sí mismo algo simple – no fácil, sino simple - : hay que volver a empezar desde Dios, de los signos de su presencia, de la escucha de la Palabra, de la experiencia que Dios me conoce y se interesa por mí, entra en relación conmigo y me quiere “en relación” con los demás. En este tiempo, muchos de nosotros hemos

experimentado que cosa significa dejar espacio a la escucha y a la meditación de la Palabra, cada día. Por este camino nos hemos dejado guiar por el Espíritu, y Él ha hecho posible que nos encontremos con el Señor Vivo.

- El primado del Espíritu en la misión de la Iglesia lleva consigo también otro don: **poder creer que el Espíritu ya actúa en el mundo, primero que nosotros nos demos cuenta y mejor de lo que nosotros podríamos hacer.** Como evangelizadores podemos ser humildes, no dejarse que la ansiedad nos quite el aliento. Podemos acercarnos a la historia y a la vida de los otros quitándonos las sandalias, sin pisar a nadie, sin dar órdenes a nadie. Sabiendo esto podemos reconocer y contemplar cuales y cuantos frutos de fe, de esperanza y de caridad el Espíritu ya ha colocado en el corazón de las personas. ¿No hemos experimentado también nosotros en este tiempo cuán profundamente arraigadas están en nuestra gente la búsqueda de Dios y la confianza en Él? ¿La solidaridad recíproca, a veces tan gratuita de resultados sorprendentes? Repito: es indispensable saber ver los signos de los tiempos, el *kairós*: aquella realidad que Dios coloca en la historia para nos movamos a encontrarlo. El Señor espera también esto de su Iglesia, nos convoca a este encuentro. **Podemos abandonar aquella mirada pesimista y destructiva que hace valorar como inútil nuestro trabajo, el encuentro de los otros, el tiempo entregado a escuchar, a dialogar, a anunciar el Evangelio en las situaciones de vida más diversas y aparentemente más lejanas...** “*Saben valorar el aspecto de la tierra y el cielo, ¿cómo no saben valorar este tiempo?*” (Lc 12, 56) La predicación esencial de la fe (*kerygma*) puede y debe ser una acción fuerte e incisiva, capaz de estremecer, de abrir el corazón y los ojos de los hombres; pero al mismo tiempo debe saber ver claramente el primado de aquello que el Espíritu va realizando. Seguimos siendo instrumentos, porque es el Espíritu de Dios que trae la salvación en Jesús. Y normalmente lo hace con criterios y métodos que van bastante más allá de nuestro conocimiento, nuestras precomprensiones, sorprendiéndonos siempre.
- Recuerdo lo que el Papa Francisco dijo a su diócesis de Roma (y, a la luz de este momento, yo diría *de modo profético*) El 9 de mayo del año pasado: ¡El Espíritu Santo elige el momento justo para “dar vuelta las mesas”! Su acción a menudo es dulce y progresiva, como la gota que perfora la piedra, otras veces la tira o la coloca al revés, porque ha decidido hacernos avanzar con más fuerza y con más libertad. En lo que hemos vivido en este tiempo, hemos experimentado este segundo modo de acción. **Por esto podemos dejar atrás cada asedia y cada resistencia, para entrar en el esfuerzo de discernir, de elegir juntos, de colaborar juntos a realizar cosas nuevas con valentía.** Algunas cosas de este “nuevo” estilo ya hemos vivido en el difícil tiempo de pandemia, a veces ¡con una creatividad que nos ha sorprendido, en primer lugar, a nosotros!
- Además de la necesidad de respirar, ha crecido dentro de nosotros un tercer deseo, que yo lo llamaría así: el deseo/necesidad de **salir**, de **encontrarnos** y de **abrazarnos**. En la homilía del día de Pentecostés decía el Papa: «*El Espíritu no quiere que el recuerdo del Maestro sea cultivado un grupos cerrados, en cenáculos donde se toma el gusto a “hacer un nido”.* Esta es una grave enfermedad que puede llegar: la Iglesia no comunidad, no familia, no madre, sino nido. Él abre, levanta, empuja más allá de lo ya dicho o hecho. Él empuja más allá de las paredes de una fe tímida y vigilante. En el mundo, sin un sistema compacto y una estrategia calculada, nos

hacemos pedazos. En la Iglesia, por el contrario, el Espíritu garantiza la unidad que anuncia. Y los apóstoles van: aunque no están preparados, se involucran y salen».

Me pregunto: ¿por qué son así de fuertes estos tres deseos? ¿Por qué todos los hemos sentido y lo sentimos? Una comprensión de fe nos hace responder: porque somos hechos a imagen y semejanza de Dios Trinitario. Porque lo propio de Dios es misterio de unidad y de comunión, en la distinción y la recíproca relación de las Personas, también nosotros – hechos a su imagen – no podemos ser felices si no salimos de nosotros mismos, encontrándonos en la relación con los otros, en una relación que da respiro, movimiento, dinamismo, vida y fecundidad.

Así como el Padre envía al mundo a su Hijo (para salir); el Hijo haciéndose uno de nosotros: «en su gran amor habla a los hombres como amigos» (cfr. *Dei Verbum*, 2) y se entretiene con ellos para invitarlos y aceptarlos a la comunión con Él (*para encontrarnos*); y el Espíritu hace posible la comunión entre Dios y el mundo, porque es él el abrazo del Padre y del Hijo (para abrazarnos).

No llegaremos a aquello para lo cual hemos sido creados, si no es por un movimiento de deseo y de amor que nos hace salir de nosotros mismos, para encontrar a los otros y vivir con ellos una comunión. Todos somos llamados a vivir esto: comenzando en la familia, y después en la parroquia, en nuestros barrios. No como una labor impuesta, algo que se dice que se debe hacer: el Espíritu mismo ejercerá en nosotros un estímulo eficaz que nos habilitará a practicar, no como una obligación, sino como una necesidad de nuestro ser, la vida de Cristo, a fin de hacer visibles en nosotros los rasgos de su rostro.

Lo que hemos vivido en estos meses a causa del *coronavirus* nos ha hecho experimentar que no hemos sido hechos para el aislamiento sino para salir, encontrarnos y participar los unos de la vida de los otros. Será el Espíritu que despertará, ciertamente, también en nosotros estos mismos dinamismos que son en Dios Trino. Así el Espíritu edifica a la Iglesia, desde el día de Pentecostés, sacándola de los nidos, de los cenáculos con las puertas cerradas, para iniciar un tiempo de misión.